

LA REVELACION.

REVISTA ESPIRITISTA



Año IX.

SALE UNA VEZ AL MES.

Núm. 5.

ALICANTE 30 DE MAYO DE 1880.

RESURRECTIO PRAETERITI.

Multa renascentu quae
jam cecidere cadentque
Quae nunc sunt in hono-
re.....

(Horacio á los Pisones.)

El pasado resucita; lo que se había creído sepultado para siempre bajo la enorme mole de la universal reprobación, yérguese otra vez y se nos aparece como alma de avaro que viene á disputar á los vivos el tesoro que no pudo llevarse á los infiernos.

Al paso que vamos, pronto habremos de confesar que los dos últimos siglos no han pasado; que España se ha desgajado del resto del planeta y rueda de Oriente á Occidente; que vivimos en pleno siglo décimo séptimo; respirando un ambiente saturado de misticismo, de electricidad religiosa, de influencia moniacal.

¿En cuál de los siglos pasados nos detendremos? Este es el problema, esta la cuestión que nos interesa resolver á los españoles. Sabemos que andamos hácia atrás; pero ignoramos el término del viaje.

Las gentes, asombradas, no saben darse cuenta de lo que sucede, y apenas si se atreven á dar crédito á sus ojos; presienten, sin embargo, que se nos viene encima alguna gran calamidad; que algo temible, ameoazador, siniestro, se agita en la atmósfera

social; que se acercan horas de peligro, momentos de tremenda y decisiva lucha entre la civilización y sus eternos enemigos.

Háse apoderado de la conciencia pública, indescriptible alarma. ¿Estará llamado á triunfar en el siglo de la libertad religiosa el genio de Gregorio VII, encarnación de la teocracia y de la intolerancia en el siglo oncenso y protector incansable de los frailes?

Que se mina, no ya sorda y ocultamente, sino con estruendo y cinico descaro, el obelisco de la civilización, para levantar sobre los escombros la España de Carlos II, con sus pueblos embrutecidos en la ignorancia y educados en el mas grosero fanatismo; que se trabaja con ahínco por encadenar de nuevo el pensamiento y sumirnos una vez más en los horrores de la intolerancia dogmática, que la teocracia, siempre rebelde y siempre desenfrenadamente ambiciosa, maquina con esperanza de feliz éxito por recobrar aquel su omnipotente influjo, aquella su incontrastable influencia, en cuya virtud fué la señora del mundo y el verdugo de los pueblos en los más calamitosos días de la historia; que se fragua el rayo destructor de la libertad humana en el negro cielo de las aspiraciones clericales; obra es que se está realizando á la vista de todos, y que si no se ha consumado ya, débese, mas bien, que á obstáculos formales, al temor de que cerradas todas las válvulas, estalle el sentimiento público de una manera formidable, derribando de golpe y para siempre los muros

RR 8

que a su alrededor levanta la reaccion ultramontana.

Estamos en plena resurreccion monacal.

Las lápidas sepulcrales que desaparecieron debajo de las ruinas de los conventos, han sido removidas, y de las tumbas abiertas salen, con el hedor de la corrupcion, las instituciones monásticas.

La campana conventual llama de nuevo a los monjes al coro y al refectorio. Su lugubre tañido despierta en el alma recuerdos penosos, ecos de una edad de abyeccion y oprobio, temores de próxima vuelta a dictaduras religiosas que rechaza el espíritu del siglo.

Franciscanos, mercenarios, capuchinos, benedictinos, carmelitas descalzos y calzados, agustinos, redentoristas, hospitalarios, todas las armas en fin del negro ejército de la supersticion y de la intolerancia, van tomando posiciones entre nosotros y aprestándose al combate contra su enemigo el progreso.

Instrumentos de la antigua política de dominacion teocrática universal, que no aspiraba a menos que subordinar a la Iglesia todas las instituciones temporales, hacerla depositaria de todas las riquezas del mundo, someter todas las voluntades a su voluntad, y poner el hombre, por encumbrada que fuese su social jerarquia, a los pies del sacerdote; recogen los rotos eslabones de las cadenas con que en otro tiempo oprimieron a los pueblos, creyendo que no ba de faltarles espacio para forjarlas nuevamente.

Insidiosas y hábiles por extremo, se introducirán en todos los hogares para apoderarse de la direccion de las familias; harán de la mujer, naturalmente supersticiosa y débil, el auxiliar de sus planes liberticidas; infundirán en los ánimos timoratos y en las conciencias ofuscadas estúpidos terrores de divinas venganzas y estúpidos conceptos de divinas preferencias; soliviantarán los espíritus fáciles, contra supuestas impiedades e imaginarios ataques a Dios y a la religion verdadera; y una vez en este peligroso terreno, poco esfuerzo les habia de costar reavivar las purificadores hogueras de la fé, ó

sumir la nacion en sangrienta fratricida lucha, en que pelearian de un lado los hijos de la ciencia y del derecho, y de otro los fanatizados seides de la ignorancia, las desalmadas hordas de insensata reaccion.

Estamos en el génesis de esta empresa, que podríamos llamar ciclopea, si, por ser imposible, no pecase de ridicula. Letanias, novenarios, misiones, procesiones, jubileos, peregrinaciones, romerías, alardes de influencia y de poder, en una palabra, todo aquello que sirve para estimular el celo de los tibios, enardecer el entusiasmo de los celosos, atemorizar a los pusilánimes y sembrar desconfianzas en los ánimos esforzados, todo se ensaya y utiliza con deliberada persistencia. ¿Son por ventura otra cosa que manifestaciones políticas y exhibiciones de fuerzas la mayor parte de los actos aparentemente religiosos que de algun tiempo acá se dan en público espectáculo? ¿En qué proporcion entra el sentimiento sinceramente religioso en estas aparatosas ceremonias?

Si el monaquismo hoy fuese posible, el fraile volveria a aclimatarese entre nosotros y a recobrar en las almas y en los cuerpos su antiguo señorío. Se fundaria el pauperismo sobre la sólida base de la holganza, de los diezmos, de los legados piadosos a la abadía; y los hambrientos hallarian abundante sopa a las puertas de la casa conventual; todo, por supuesto, sin detrimento del voto de pobreza de los monjes. Sin detrimento de otros votos, el fraile volveria a ser la cabeza invisible en el hogar de la familia. Mientras la muger, entregada a espirituales amores, imploraría las bendiciones del cielo sobre los padres, el marido y los hijos labrarian las tierras del convento. La fabricacion de milagros, que tan a menudo ha venido a causa de la incredulidad volterriana de la época, se afirmaria de nuevo, hasta llegar a ser la ocupacion industrial mas productiva. Y elevándose de la familia al pueblo, del pueblo a la sociedad, y de la sociedad al gobierno, el espíritu monacal por una serie de intrusiones sucesivas, irremediables, informaria las costumbres y las leyes.

A este risueño porvenir, calcado en un insensato anacronismo, confía llevarnos por la posta la secta ultramontana. No puede negarse que los trabajos preliminares van muy adelantados, y en vías; al parecer, de fácil ejecución lo que falta; que la red está perfectamente tejida y en acecho la reacción para emplearla en el momento oportuno; pero al pueblo español le ha costado harta sangre y hartas lágrimas romper una vez las mallas de la red, para dejarse prender nuevamente como incauto pajarillo. Se ha creído muerto al espíritu público, y el espíritu público no hace mas que dormitar: con solo que levante la cabeza y se ría de frailes y de conventos, ¿qué será de las instituciones monásticas! Lo que de un montículo de arena cuando rugen con fuerza el Simoun; lo que de una gota de agua cuando hiere el sol ardiente de los trópicos.

Que se desengañen los clericales: el fraile y la teocracia no caben en el siglo del vapor y del telégrafo eléctrico, ni en pleno movimiento racionalista la intolerancia religiosa. O sobran los monjes, encarnación de la ociosidad organizada y de la superstición; o sobran los hilos telegráficos, símbolos de la actividad y dóciles transmisores de la ciencia. Pero no; quien aquí realmente sobran son los frailes; como sobran los muertos en una sociedad de vivos. Ya no es posible suprimir las vías férreas, ni amordazar el telégrafo, ni cerrar las universidades, ni apagar el pensamiento, ni borrar la historia, ni matar la conciencia humana, ni destruir las esplendorosas conquistas de la ciencia y del derecho: riámonos, de los ilusos que sueñan en la próxima resurrección del régimen teocrático, y de sus ridículos alardes y manifestaciones de fuerza, en la seguridad de que la comedia terminará con una silba general.

(De *El Buen Sentido*)

«Á EL ANTIDOTO» DE CORDOBA.

(Continuación.)

El papa Sixto IV fué criminal conspirando contra la naturaleza y entregándose al inicu, indecente y asqueroso vicio de la *sodomia* con los jóvenes que le rodeaban. Siendo cardenal, fué incestuoso con sus hermanas teniendo dos hijos de la mayor. —Estableció lupanares públicos, en los que cada prostituta le pagaba un siclo de oro semanal.

Inocencio VIII, apesar de su *voto de castidad*, tuvo varios hijos y fué tal su temor á la muerte, que sacrificó á tres niños para inyectarse la sangre de ellos, en sus venas.

Alejandro VI, fué un monstruo infame y feroz. Vivió amancebado con Catalina Vanozia, hija de una española que fué antes su querida, de quien tuvo varios hijos. Envenenó al Principe Otomano Zizim en vez de entregarle á Carlos VIII. —Sus hijos Cesar y Lucrecia Borgia, (concebida mas tarde de su padre) dignos cachorros de tan sanguinaria fiera, encontraron en el pontifice una eficaz ayuda para cometer toda clase de crímenes. Enamorado de Julia la *Hermosa*, la compró á su hermano Farnesio por el perdon de un crimen y un capelo de cardenal. Envenenó al cardenal Orsini y condenó á muerte á toda su familia. Quiso envenenar en un convite al cardenal Carnoto, y bebiendo equivocadamente la copa de vino destinada á consumir el crimen, se envenenó á si mismo.

Leon X, sucesor de Julio II, fué amigo del fausto y del libertinage. Negaba la inmortalidad del alma, llamó *novela* al Evangelio. Vendió dignidades y empleos, y cifraba su mayor alegría en presenciar la representación de comedias inmorales e impúdicas. La impresión que su muerte produjo, puede deducirse de las siguientes palabras que mereció del pueblo: «Subió al poder como una zorra, vivió como un leon y murió como un perro.» Estableció un tráfico odioso y repugnante con las indulgencias, que su comisionado Tetzel expendía pública y vergonzosamente, el que para escitar á los ig-

norantes compradores pronunciaba discursos como el siguiente: «Las indulgencias son el don más sublime y más precioso de Dios. Esta cruz (decía señalando una cruz roja) tiene tanta eficacia como la misma cruz de Jesucristo. — Venid; yo os daré cartas garantidas con sellos por las cuales aun vuestros mismos pecados que hayais de cometer en lo futuro, os serán perdonados. Yo no querría jamás cambiar mis privilegios por los de S. Pedro en el cielo, porque he salvado mas almas por mis indulgencias que el apóstol con sus discursos. Las indulgencias no salvan solamente á los vivos sino tambien á los muertos, para lo cual ni aun el arrepentimiento es necesario. En el instante mismo en que la moneda suena en el fondo del cofre, el alma sale del purgatorio, y arriba salva ya en el cielo. ¡Oh, imbéciles gentes y casi semejantes á las bestias, que no comprendéis la gracia que os es tan ricamente presentada! ¡Hombre duro y ligero, cómo á tus anchas puedes sacar á tu padre del purgatorio y permaneces tan ingrato que no acudes á salvarle! Yo te declaro que aun cuando no tuvieras mas que un solo vestido, estarias obligado á quitártelo y venderle á fin de obtener esta gracia. El señor nuestro Dios ya no es Dios. Ha depositado todo su poder en el papa. No exista pecado alguno, por enorme que sea, que el papa no pueda perdonar; hasta el punto, que si alguno, lo que no es posible, hiciese violencia á la santísima virgen madre de Dios, (¡Barbaro!), (¡Impio!) como pague, y pague bien y en buena moneda, todo le será perdonado.»

Pablo IV, condenó á prision á los cardenales Pool y Morone, y á los obispos de Cava, Modena y Brescia. Quemó vivos á muchos clérigos y mató á otros arrojándolos al mar de Venécia con una piedra atada al cuello.

Pio IV, instruyó un proceso secreto en el que fué decretada la muerte de los sobrinos de su antecesor Pablo IV, proceso que su sucesor Pio V mandó destruir en las llamas para que permaneciera siempre oculta la infamia de aquel asesinato. Ofreció mucho dinero á Maria Stuart por matar á su hermano Murray, á Morton y á su esposo.

Gregorio XIII, mandó cantar un *Tedeum* en accion de gracias por la horrible matanza de los hugonotes. Reorganizó las facciones de los Güelfos y Gibelinos y absolvió al bandido Piccolomini de todos sus crimines y asesinatos. Fué el instigador de los jesuitas para el asesinato del Principe de Orange.

Sixto V, fué cruel y sanguinario. Pagó dos mil escudos por la cabeza del clérigo Güercino. Mandó al suplicio á las madres y esposas de los bandidos que se escapaban, y siendo uno de los sentenciados demasiado jóven para ser ajusticiado, exclamó: «*Yo le añado algunos años de los que á mí me sobran.*»...

Clemente XI, encendió una sangrienta guerra contra el rey de Sicilia, por haberse quejado el obispo de Lipari de que no le pagaban el diezmo.

Terminaremos esta lacónica reseña con el notable suceso de la trinidad pontificia.

Urbano VI, (antes arzobispo de Bari) fué tan despota y cruel desde que se ciñó la tiara, que lo depusieron para aclamar pontífice á Clemente VII. Este incidente dividió la opinion de los romanistas y ambos papas se excomulgaron reciprocamente. Urbano fué tan caritativo y humanitario, que prendió á cinco cardenales que se le oponian y los ahogó despues de haberlos hecho atormentar. — Clemente y Urbano fueron papas á la vez, y á la muerte del segundo lo siguió siendo Clemente, á la par que Bonifacio, sucesor de Urbano.

Bonifacio IX, empezó su pontificado por ejercer la *simonia*, formando una tarifa para la remision de los pecados.

Benedicto XIII (Pedro de Luna) fué papa, siéndolo Bonifacio IX. Muerto este, le sucedió Inocencio VII y á este Gregorio XII los cuales poseyeron la tiara á medias con Benedicto que se conservó firme en su apostólica silla. Benedicto y Gregorio, obligados y comprometidos por sus respectivos adictos, decidieron tener una conferencia con el objeto de terminar aquel conflicto romano, aquella lucha *sagrada* entre dos humildes pastores del rebaño pontificio, que inspirados ambos á la vez por el mismo espíritu que

sin duda ha inspirado a todos los papas y continúa inspirando a sus satélites, querían conservar tan *modesta* posición, y sacrificarse por sus ovejas velando por ellas para que el lobo no las devorase. Hubo algunas dificultades por si la entrevista habia de tener lugar en la tierra ó en el... mar, pero verificada al fin en Sabona, los dos dioses *infalibles* se produjeron como hombres *fallibles* y no de los mas prudentes y corteses sosteniendo un diálogo tan asqueroso, que puede asegurarse no tenia mucho de santo el espíritu que en aquellos momentos les inspiró.

El concilio de Pisa abierto el 25 de Marzo de 1409 dió por resultado la creación de una nueva mitología romana porque no cediendo ni Benedicto ni Gregorio su *sagrado* y *divino* derecho, eligió papa a Alejandro V (cardenal de Milan) encontrándose el Romanismo ¡oh felicidad!... con tres dioses que aunque no eran padre, hijo y espíritu santo, eran tres *infalibilidades* distintas basadas en un solo error, en un mismo orgullo, en una idéntica ambición. Y mientras tan ahominable farsa se representaba en el pontificado, la corrupción, el escándalo y la crápula cundían en la ciudad *santa*, pues asegura Clemengis que *tomar el velo era prostituirse*.

Pero basta de papas, ilustrado articulista de *El Antídoto*, basta de historia y tranquilicémonos nuestro espíritu casi asfixiado con la mefítica atmósfera que acabamos de respirar.

Del crecido número de pontífices que cuenta la historia del *Romanismo* desde Lino hasta Pio IX solamente hemos citado algunos, con sus hechos conocidos mas notables, en los que hemos encontrado el robo, el asesinato, el adulterio, la sodomia, el incesto, el envenenamiento, la hoguera, la simonía etc.; todo el error, toda la crueldad, todo el crimen, toda la ignorancia de que es susceptible en su mas alta concepción lo que en el mundo se denomina *mal*. ¿Qué mas *Demonio* que el vicio? ¿Qué mas *Lucifer* que el crimen? ¿Qué mas *Diablo* que la ignorancia? ¿Qué mas *Satanás* que el mismo pontificado romano?

Pero estos desgraciados, espíritus así como

todos los que se encuentren en igual grado de atraso, que creados por el Bien y la Perfección infinitos poseen el germen de la perfección y del bien, que son su naturaleza, la realizarán en el progreso de su existencia infinita porque llegarán a conocer sus errores, a arrepentirse de sus vicios, y reencarnarán tantas cuantas veces les sea necesario para despojarse de sus impurezas, y conquistarse por la expiación y el trabajo un grado de inteligencia y de virtud que los haga dignos de los mas elevados puestos en la región de los espíritus. ¿Dónde estaria la *infinita* misericordia de Dios si a sus hijos desgraciados y arrepentidos les negara los medios de expiar sus faltas y mejorarse? En tal caso Dios no solo dejaría de ser *infinito*, sino que sería mas ilimitado que el hombre, sería de peor condición que el padre humano, quien por criminal que sea uno de sus hijos, cuando le ve desgraciado, suplicante y arrepentido, deponen su enojo, le recibe en sus brazos y le coloca nuevamente en camino de que prosiga su carrera de rehabilitación. Y esto bien claramente lo enseña Jesucristo en sus parábolas de la oveja perdida (1) y el hijo pródigo, (2) como tambien al recomendarle al hombre que perdona *siempre* las ofensas de su hermano, (3) porque ¿cómo habia de mandar el Padre celestial a sus hijos, por medio de su *enviado*, que se perdonaran mutua y continuamente si El no se encontrase animado del mismo sentimiento de perdón?

Pero dejemos, por ahora, esta cuestión, que ya hemos tratado bíblicamente para hacerlo en otra forma cuando nuestro impugnador nos la replique, y prosigamos contestando los ilógicos y superficiales argumentos que expone en sus artículos, para combatir a nuestra *invencible* y cristiana doctrina.

Dice el sabio articulista, que por la naturaleza de los efectos se viene legitima-

(1) Mat. XVIII, 12 al 14.

(2) Luc. XV, 11 y siguientes.

(3) Mat. XVIII, 21 al 35.

mente a determinar la de las causas.» que «por los frutos se conoce el árbol,» que «por la clase de acciones, las cualidades y aun las propiedades de los individuos que las ejecutan.» Perfectamente; nos encontramos en un todo conformes con los citados principios; veamos las consecuencias.

Y prosigue deduciendo que: «Las doctrinas impías é inmorales, las doctrinas que son contrarias a las enseñanzas de la Santa Iglesia Católica, a la divina revelación, a la misma recta razón y a los primeros principios de la ley natural, «no pueden ser enseñadas, sino por el espíritu del error y de la mentira.» Convenimos también. Pero seguidamente manifiesta que los espíritus, los médiums y los espiritistas impugnan y desechan los mas augustos dogmas de la religión y principios fundamentales de la moral, y lo prueba *evidentemente* diciendo en primer lugar, que son tantas las heregias y grotescos errores consignados en los periódicos y libros espiritistas, que exige un trabajo prolijo y estensísimo su coordinación.

Hace bien nuestro impugnador en no emprender tan *prolijo y estensísimo* trabajo, porque por el que tenemos la honra de conocer como suyo, nos persuadimos no ser él el destinado a tamaña empresa. Por lo demás, si por *augustos dogmas de la religión y principios fundamentales de moral* considera los dogmas y la moral del *Romanismo*, tiene muchísima razón en decir que los espíritus, los médiums y los espiritistas los impugnan y desechan. ¿Y cómo no, si los espiritistas son católicos, apostólicos, cristianos, y el *Romanismo* es una repugnante farsa anticristiana? Para rechazar semejante escuela no es necesario ser espíritu ni médium ni espiritista, pues basta con poseer el conocimiento mas rudimentario de la ciencia, haber pasado por la vista el Evangelio, y tener sentido común.

Los espiritistas, que acordes con el romano redactor de *El Antídoto*, consideran como hijas del error y la mentira todas las doctrinas contrarias a las enseñanzas por Jesucristo y opuestas a la *recta razón y principios* de la

ley natural, no pueden aceptar, por ejemplo, *el pecado original* y su propagación ni la autoridad de la Iglesia ni el infierno material, ni el demonio, ni las indulgencias, ni los sufragios, ni la resurrección de la carne, ni el culto de las imágenes y santos, ni la confesión auricular, ni ninguno de los sacramentos, mandamientos y ceremonias inventadas por el Romanismo, y que ni Jesucristo instituyó, ni en el Evangelio se prescriben, ni la recta razón puede admitir, ni es conforme a los primeros principios de la ley natural.

¿Considera razonable y natural, nuestro impugnador, que el hombre sea responsable de las faltas ajenas cuando ni ha sido cómplice, ni ha inducido a cometerlas?... ¡Vaya un Dios injusto!

¿Cree natural y razonable, que una congregación de hombres, sin mas títulos que estudiar latin, moral y teología, tengan el derecho de gobernar a su capricho las conciencias de los demás hombres, pretendiendo necia y orgullosamente que todos han de pensar como piensan ellos?... ¡Vaya un Dios imprevisor!

¿Reconoce como razonable y natural la creación de un lugar de tormentos materiales, donde los desgraciados espíritus que faltan a la ley son *eternamente* retenidos, abrasados, triturados, trinchados, atezados, etc., etc?... ¡Vaya un Dios cruel!

¿Acepta como natural y razonable al *demonio* criado por Dios?... ¡Vaya un Dios malvado!

¿Admite como razonable y natural que comprando indulgencias y sufragios se salven las almas, pudiéndose comerciar en el cielo con el crimen, como se comerciaba en la tierra; que las moléculas constitutivas de los cuerpos, a pesar de su constante renovación fisiológica, se reúnan para formar en el día del juicio los mismos cuerpos de que fueron parte, que el hombre reverencie, se humille y adore la memoria de un criminal canonizado, y dirija su pensamiento a un trozo de materia inanimada; que tenga el clérigo poder para juzgar a sus semejantes, y condenarlos ó absolverlos a su capricho?..

¡Vaya un Dios interesado, ignorante y absurdo!

¿A qué proseguir? Con lo indicado basta. Si el Dios de Roma ha dictado todas esas disposiciones, el Dios de Roma no es el Dios de Jesucristo. Si por la naturaleza del efecto se reconoce la de la causa; si por los frutos se conoce el árbol, el Dios del Romanismo es injusto, imprevisor, cruel, malvado, interesado, ignorante y absurdo, y semejantes doctrinas contrarias a las enseñadas por el «Catolicismo Cristiano, que es el verdadero Catolicismo, puesto que sus dogmas por ser naturales gozan de la universalidad, a la recta razón y a los primeros principios de la ley natural, no pueden ser enseñadas sino por el espíritu del error y de la mentira.»

Es mas; si «por la clase de acciones se viene legitimamente a determinar las cualidades y aun las propiedades de los individuos que las ejecutan,» como ciertamente (aunque con malvada intención) asegura nuestro contradictor, ¿qué podríamos deducir de las acciones de los pontífices que la historia nos relata y de las cuales hemos citado algunas, cuando por el puesto que en el mundo pretenden ocupar debían servir de modelo a los demás hombres? ¿Ignora nuestro ilustrado contradictor que *las acciones* del sacerdocio romano es una de las principales causas del descrédito del Romanismo, así como lo que le ha hecho abrir los ojos al pueblo? ¿Cómo se atreve a dejar vislumbrar en sus injuriosas frases lo que le es imposible demostrar respecto de los espiritistas que aun no han podido ser juzgados por la historia, olvidando injustificadamente *las lecciones* que de sus mismos correligionarios pertenecen al conocimiento público porque pertenecen a la Historia? ¿No tiene el articulista de *El Antídoto* conocimiento de las *acciones* romanistas a que nos referimos? Pues lea la Historia y en ella encontrará los hechos mas injuriosos y abominables; «la clase de acciones por las que se viene legitimamente a determinar las cualidades y aun las propiedades de los individuos que las han ejecutado,» así como «las cualidades y aun las propiedades» de la

institución religiosa a que pertenecían. Si valiente campeón del ilógico y absurdo Romanismo, en la Historia encontrareis en Julio Alberoni, cardinal romano, conspirador, ambicioso, ministro de España en tiempo de Felipe V. También el cardinal Alberto que avariento y orgulloso rasumió en sí los arzobispados de Magdeburgo y de Maguncia, y recibió del papa Leon X autorización para la venta de indulgencias cayendo en la mas vergonzosa *simonía*. También a Beauford obispo de Lincoln y a Cauchon obispo de Beauvais, condenando el primero a Juana de Arco a morir en la hoguera, y el segundo presidiendo tan inicuo tribunal. También al cardinal Albornoz legado y general de Inocencio VI, reclutando en 1353 un ejército compuesto de franceses, húngaros y alemanes con el que *obligó* a algunas provincias de Italia a prestar obediencia al papado. Esto no es extraño porque sabido es que cuando al Romanismo le falta razón impone la fe y cuando esta se le niega manda bayonetas, aquí es entonces el valiente que se resiste a concederle veracidad, autoridad, derecho, y hasta si se empeñase, divinidad e infalibilidad? Argumentos tan *penetrantes* podrán no convencer pero pueden *cristianamente* destruir. — También encontrareis en esa misma Historia a un Osorio de Acuña obispo de Zamora, que a la cabeza de varios clérigos de su diócesis se levantó con la *santa liga* y a la voz de «aquí de mis clérigos» peleaba y esterminaba a sus semejantes. También a Adhemar de Montiel obispo de Puy, levantar, autorizado por Urbano II, una cruzada y dedicarse en el nombre de Jesucristo a la matanza y destrucción de los infelices que por no profesar sus ideas religiosas, denominaba *hereges*. También al célebre cardinal veneciano Bembo distinguido de los papas Leon X y Clemente VII, amante de Lucrecia Borgia y mancha de Alejandro VI dedicarse a escribir poesías a Marosina, querida suya antes de ser cardinal y de quien tuvo muchos hijos. También encontrareis la institución de una *Junta apostólica* creada en España en 1820 por el poder clerical, donde se declaraba guerra al derecho

más sagrado que la naturaleza ha concedido al hombre, á la libertad. Una congregacion de «virgenes del Señor» denominada las *Agapetas*, que constituida hipócritamente bajo el escudo de la religion, en el siglo XII, se vió precisado á abolirla Inocencio II en el concilio de Letran de 1139, por la «indecencia é inmodestia» con que se producian. A un padre Varado y un Juan Chatel incitadores de asesinos. A un padre Gignar que murió ahorcado por bueno. A un Ravallac, asesino de Enrique IV. A un Torquemada, monstruo sanguinario que quemó durante su dominacion inquisitorial 10.220 personas, condenó 97.371 á otras penas, sin contar 6870, que quemó en efígie. A un Diego Deza que asó vivos 2592 individuos y condenó á prision, galeras y confiscacion de bienes á 32.952, sin contar 829 quemados en efígie. A un Jimenez de Cisneros que redujo á cenizas 3.574 semejantes suyos, condenó á otras penas 48.059 y quemó en efígie 1.232. Otras muchísimas fieras por este estilo, que no citamos en obsequio á la brevedad podrá encontrar en la historia nuestro contradictor. Solo la ignorancia ó la mas inconcebible osadía pueden fiar á los efectos, á los frutos y á las acciones del *Romanismo*, la bondad de su naturaleza, de su causa y de sus cualidades.

MANUEL GONZALEZ.

LA INGRATITUD.

Besa la mano que viene
A hacerte el bien; que el ingrato
Es como el pérfido gato
Que araña al que lo sostiene.
Huye de su lado; evita
A los ingratos, que son
Leprosos del corazón,
Hijos de raza maldita.

Es verdad, los ingratos son los hijos del pecado, son esos espíritus rebeldes que rechazan la luz, que huyen del progreso, y se parapetan en la fortaleza inexpugnable de su vicio fatal. Se encierran en el estrecho

círculo de la ingratitud, y no hay poder humano que les haga abandonar el *im-pace* de su degradacion.

Desgraciadamente la ingratitud es la zizania que crece ufana en los sembrados de la vida, y es tan innata en el corazón del hombre, que este comienza por desconocer la omnipotencia de Dios, y acaba por ser enemigo de aquel que le hace un beneficio.

Esto es triste, muy triste, pero es cierto, muy cierto, hay ingratitud individual é ingratitud colectiva. Los hombres son ingratos aisladamente y en masa, y la ingratitud de los pueblos es notoria en todas las edades.

Cuando las guerras han diezmado á las naciones, cuando los ejércitos han acudido á los campos de batalla á vengar agravios y á conquistar territorios, ¿qué suerte les ha cabido á la familia de los combatientes? ¿qué han hecho los ancianos, las mujeres y los niños? Llorar en las tumbas de los mártires del amor pátrio, y mendigar su sustento despues. Y los soldados inutilizados, los infelices que han perdido alguno de sus miembros, los que han quedado sumidos en las densas sombras de la noche ¿qué hacen? implorar la caridad pública, y mueren en un hospital deplorando el olvido de sus conciudadanos.

Se nos dirá que hay hospitales de inválidos, pero esto no será suficiente cuando se ven constantemente jóvenes ciegos, mancos ó cojos, que vestidos con un mal pantalón encarnado y una chaqueta azul ó amarillá, recorren las calles entonando lastimeros cántares para despertar el sentimiento de la indiferente multitud.

En el seno de la familia tambien la ingratitud tiene un asiento preferente. ¡La madre! esa mujer que pasa una parte de su vida acamantando á sus hijos, que por ellos pierde el sueño, la salud y la tranquilidad, que sufre mil penalidades, mil dolores morales y físicos: ¿cómo poco apreciados son sus desvelos! ¿Cuán presto se olvidan sus grandes sacrificios!

Cuando sus hijos crecen, si son varones, no están al lado de su madre mas que el tiem-

po preciso para comer y dormir; y si aquella les pide que la acompañen á esta visita ó á esta otra diversion, pretestan mil ocupaciones para soltar mientras más pronto mejor, aquella pesada carga, ó dicen, rotundamente:—Nos vamos con los amigos;—y la madre es el último sér que atienden. Si son las hembras cuando se casan, si son ricas, las más de ellas entran eo el aturdimiento de su nueva vida, y queda en último término aquella que las llevó en su seno, si son pobres quedan más unidas á su madre, no por virtud, sino por egoismo; para qua esta última las ayude, porque entran en nuevas obligaciones, aumentan naturalmente los quehaceres domésticos; y si la madre es muy pobre y necesita que la mantengan sus hijas, ¡qué expiacion tan dolorosa la de esas infelices ancianas que trabajan más de lo que pueden y siempre estorban en todas partes! Y van cayendo y levantando, sosteniendo en sus débiles hombros la pesada cruz de la vida sin que nadie les ayude á llevar la carga de sus amarguras. ¡Oh! la ingratitud! la ingratitud, es el gran crimen de la humanidad! Contemplando sus terribles efectos, leyendo en la historia de la existencia terrenal, esa tragedia continuada que van representando todas las clases sociales; el alma se abisma en el caos del dolor.

Cuando se recuerda á los grandes iniciadores del progreso, á los profetas de la luz, á los apóstoles del amor universal, que han tenido por premio á sus desvelos, el escarnio, la befa, el tormento y la crucifixion! Cuando se vé que no ha habido descubrimiento que no haya sido rechazado, ni verdad que no haya sido anatematizada: se contempla á la humanidad con doloroso asombro y se exclama con indefinible angustia.

¿Y eres tú, raza ingrata, la última palabra de Dios?.....

¿Para ti creó el Eterno esa naturaleza siempre bella, inagotablemente fecunda?

¿Para ti gorjean las aves?....

¿Para ti exhalan sus perfumes las flores?

¿Para ti se formaron los colores del arco iris que pintan la techumbre del espacio?

¿Para ti tiene el mar sus corales y sus perlas?

¿Para ti en fin, son tantas maravillas?

¿Para ti prodigó el Eterno los tesoros incabables de su gloria?

¿Para ti la más ingrata de las razas creadas?

¿Para ti que llevas el distintivo divino de la inteligencia y de la razon, y que tan mal uso haces de tus sublimes atributos?

¿Para ti tanta felicidad? ¡tú, el Satan de la leyenda!

¡Oh! el pensamiento se extravía, se conturba al contemplar un planeta habitado tan solo por gusanos roedores.

¿Qué es el hombre? ¿brotó del seno de Dios con su feroz instinto?

¿Su existencia no tendrá más desenvolvimiento que querer por egoismo, y olvidar por costumbre?

¿Por qué la creacion es tan grande y algunos de sus pobladores tan pequeños?

—¡Porque estos crecerán!—dijo una voz potente, que el eco repitió en todas las latitudes de la tierra.

—¡Crecerán! ¿cómo? preguntamos con vivísima curiosidad.

—¿Cómo? viviendo eternamente. La ingratitud no es un pecado de origen, es un vicio adquirido, del mal se irá desprendiendo el hombre con el trascurso de sus existencias. Es una enfermedad del espíritu, y este se curará de su fatal dolencia cuando contemple con doloroso asombro los terribles efectos de la gratitud.

Los pueblos dejarán de ser ingratos cuando las multitudes de espíritus errantes por el espacio, se encuentren sedientas de amor, sin que nadie calme su angustiosa sed.

Cuando fotografiados en la luz vean todos sus hechos anteriores.

Cuando pesen en una balanza el amor y los beneficios que recibieron de sus deudos y amigos, y la ingratitud con que ellos les recompensaron.

Cuando vean que á los primeros los envuelven luminosos resplandores, mientras que ellos están sumergidos en las tinieblas.

Cuando vean que sus protectores estien-
den su vuelo al infinito, y ellos sugetos por
la férrea cadena de su estacionamiento, no
pueden adelantar ni un solo paso, entonces
se cumplirá el adagio que el loco por la pena
es cuerdo, y penas necesita sufrir la loca
humanidad para curarse de su trascendental
locura.

Y tan trascendental como es la ingratitud,
que se pueden formar caudalosos rios con las
lágrimas que ha hecho derramar!

Cuántas mugeres han muerto en su tier-
na juventud por el olvido del hombre que
les juró amarlas eternamente!

¡Cuántos hombres han mirado con sinies-
tra satisfacción el cañon de una pistola pen-
sando en una mujer coqueta que ha manci-
llado su honra con la mancha del adulterio!

¡Cuántos ancianos mendigan su sustento
porque sus ingratos hijos no se acuerdan
que sus padres existen en el mundo!

¡Cuántos niños mueren en los asilos de
beneficencia olvidados de los autores de sus
obras, victimas inocentes de la mas horrible
de las ingratitudes!

No tenemos frases para espresar nuestros
pensamientos, nuestro lenguaje carece de
espresion para pintar con vivos colores todos
los crímenes que sobre si tiene la ingratitud,
que hace su inmenso trabajo sin descansar un
momento; sin perdonar á ningun ser de la
creacion. El sabio, el ignorante, el que pasa
por justo, la mujer perdida, la que se cree
salvada, el rico potentado, el hombre con-
vertido en mercancia (vulgo esclavo), el
creyente fanático, el ateo, el pensador pro-
fundo, todos en fin, son ingratos en uno ó
en otro sentido; para desterrar esta fiebre
contagiosa se necesita purificar la atmós-
fera del entendimiento humano, con la re-
velacion espirita, la comunicacion ultra-
terrena será andando el tiempo el remedio
más eficaz para curar esa dolencia cruel de
la cual todos tenemos el germen. Solo aver-
gonzándonos de nosotros mismos, solo vién-
donos con nuestras deformidades pasadas,
es como nos enmendaremos en el presente.

La ingratitud para nosotros ha sido hasta
ahora un mal incurable; creíamos que no

habria poder humano para arrancarla de
raiz; pero hoy estamos plenamente conven-
cidos que el espiritismo, verdadero conoci-
miento de nosotros mismos, es el que logra-
rá con sus revelaciones hacernos meditar y
comprender que los ingratos son los párias
de los siglos, son los siervos degradados que
no merecen más que el desprecio y la re-
probacion universal.

¡Atrás, ingratitud! deja libre al planeta
tierra de tu fatalisima influencia, que es un
mundo que ya está llamando á progresar.

¡Deja á la casta de Cain que por tu mal
consejo regó los valles de este globo con la
sangre de sus hermanos!

¡Deja á la raza adámica que levante su
frente, que hora es ya que mire al infinito,
que bastantes siglos ha pesado sobre ella la
cadena infamante de la ingratitud!

Amalia Domingo y Soler.

CONFERENCIAS

DE ERNESTO RENAN, EN LONDRES.

Primera.

*En qué sentido sea el cristianismo una obra ro-
mana.*

(CONTINUACION.)

Pero esto no basta. Los gobiernos que han
partido del supuesto de que en el hombre sola-
mente hay instintos utilitarios se han engañado
de una manera lastimosa. Tan natural es la
abnegacion como el egoismo, y á la religion to-
có y toca organizar la primera. Nadie espere,
pues, pasarse sin religion y sin asociaciones re-
ligiosas. Cada progreso de las sociedades moder-
nas hará esta necesidad mas imprescindible.

A tan exaltada aspiracion religiosa, ¿qué sa-
tisfaccion podian ofrecer las instituciones que
Roma alardeaba de creer eternas? Ninguna ó
casi ninguna. Todos los viejos cultos, aunque
de diverso origen, tenian un rasgo y un carác-
ter comun; la imposibilidad de llegar á una en-
señanza teológica, á una moral aplicada, á una
predicacion edificante, á un ministerio p^{re}soral

verdaderamente fructífero para el pueblo. El templo pagano no fué nunca, ni por ningún concepto, lo que, en buenos tiempos, la iglesia y la sinagoga, es decir, casa común, escuela, hospedaje ó asilo de los pobres. Nunca pasó de ser la fría celda en la cual nadie entraba ni nada se aprendía.

La afectación con que los patricios romanos distinguían «la religión» ó sea el propio culto, de la «superstición», ó sea de los cultos extranjeros, nos parece pueril en alto grado. Todos los cultos paganos eran esencialmente supersticiosos. El campesino que en nuestros días deposita un sueldo en el cepillo de una capilla milagrosa, que invoca tal ó cual santo en favor de sus caballos ó huéyes, que bebe de esta ó de la otra agua para curarse de ciertas dolencias, es ni más ni menos que un pagano. Casi todas nuestras supersticiones son reliquias de una religión anterior al cristianismo y cuyas raíces no pudo este arrancar enteramente. Si se quisiera volver á encontrar, á la sazón, la imagen del paganismo, en alguna recóndita aldea, en el fondo de los campos y de los bosques sería preciso buscarla.

No teniendo por guardadores mas que una tradición popular vacilante y algunos funcionarios interesados, los cultos paganos no podían dejar de convertirse en mezquina adulación. Augustó, aunque con cierta reserva, aceptó que que se le adorase en vida en las provincias, y Tiberio permitió celebrar ante sus ojos ese in noble concurso de las ciudades del Asia que se disputaban el honor de erigirle un templo. Las extravagantes impiedades de Calígula no produjeron ninguna reacción, y fuera del judaismo, no se encontró un solo sacerdote para resistir á semejantes locuras. Procedentes en su mayor parte de un culto primitivo de las fuerzas naturales, diez veces transformados por mezclas de toda especie y por la imaginación de los pueblos, los cultos paganos estaban limitados por su pasado. Los Padres de la Iglesia nos hacen sonreír cuando exponen los atentados de Saturno como padre de familia y de Júpiter como esposo. Pero de seguro era mucho más ridículo todavía constituir á Júpiter en un dios moral que manda, prohíbe, recompensa y castiga. En una sociedad que aspiraba á poseer un catecismo, ¿qué se podía hacer de un culto como el de Vénnus, surgido de una antigua necesidad social desde las primeras navegaciones fenicias en el Mediterráneo, pero convertido, andando el

tiempo, en un ultraje á lo que se consideraba de día en día como la esencia de la religión?

Tal es la explicación de ese atractivo singular que hacía la época de nuestra Era arrastraba las poblaciones del mundo antiguo hacia los cultos del Oriente. Esos cultos tenían algo mas profundo que los cultos griegos y latinos, algo que habla mas al sentimiento religioso. Casi todos ellos se referían á los estados del alma en la otra vida, y se creía que contenían prendas seguras de inmortalidad. De aquí ese favor de que gozaron los misterios tracios y sabeos y las cofradías de todas clases. Pequeñas religiones como la de Psyquis, destinadas únicamente á consolar de la muerte tenían una boga momentánea, y los cultos egipcios, que disimulaban el vacío del fondo por medio de los grandes esplendores del culto, contaban devotos en todo el imperio. Isis y Serapis tenían altares hasta en el fondo de la Bretaña. Cuando se visitan las ruinas de Pompeya, hállese uno inclinado á creer que el principal culto que allí se practicaba era el de Isis. Aquellos templos egipcios tenían asiduos devotos, entre los cuales se contaban gran número de personas de la clase de los amigos de Catulo. Celebrábase en ellos una función matinal, una especie de misa dicha por un sacerdote imberbe, había aspersiones de agua bendita y quizás un salido de la noche. Esto ocupaba, divertía y hacia conciliar el sueño. ¿Qué mas se necesitaba? Pero el culto mitriaco era sobre todo, el que gozaba en los siglos II y III de extraordinaria boga. De vez en cuando me permito decir que si el cristianismo no le hubiese aventajado, el mitriacismo hubiera sido la religión del mundo.

El mitriacismo celebraba reuniones misteriosas y tenía capillas que se asemejaban á pequeñas iglesias. Creaba un lazo de fraternidad muy solido entre sus iniciados; tenía la eucaristía y la cena tan parecidas á los misterios cristianos, que el buen Justino, el apologista, no vé en ello mas que una explicación á tales semejanzas. Satan, para engañar al género humano quiso ridiculizar las ceremonias cristianas y cometió el plagio. Algunas tumbas mitriacas de las catacumbas son tan identificantes y de un misticismo tan elevado como el de las tumbas cristianas. Hubo, además, devotos mitriastas, que, aun despues del triunfo del cristianismo, prohibieron valerosamente la sinceridad de su fé.

Tan solo las pequeñas sectas fundan y edifican.

can. Es tan dulce considerarse como una pequeña aristocracia de la verdad, imaginarse que se posee con un corto número de personas el depósito del bien! Hay secta loca en nuestros días, que da á sus adeptos más consuelos que la más sana filosofía. La *abracadabra* ha proporcionado muchos gozes religiosos, y con un poco de buena voluntad, se puede encontrar en ella una sublime teología.

En nuestra próxima lección veremos que el reinado religioso del porvenir no pertenecía ni á Serapis ni á Mitra. La religion predestinada crecía silenciosamente en Judea. Eso hubiera sorprendido extraordinariamente á los romanos mas sagaces, si se les hubiese anunciado. Pero tantas veces se ha equivocado la sabiduría, que es preciso hacer muy poco caso de las preferencias ó de las repulsiones de las gentes ilustradas, cuando se trata de prever el porvenir.

Segunda.

La leyenda de la Iglesia romana.—Pedro y Pablo

Señoras y señores: En la anterior conferencia hemos tratado de demostrar la situación difícilísima que en cuestiones religiosas atravesaba el imperio romano durante el siglo primero. Por una parte, en el vasto conjunto de poblaciones que componían el imperio, existían necesidades religiosas muy desarrolladas; un verdadero progreso moral que hacía desear un culto puro, sin prácticas supersticiosas, sin sacrificios cruentos. Una tendencia al monoteísmo, que impulsaba á considerar como redículas las antiguas tradiciones mitológicas; un sentimiento general de simpatía y de caridad que inspiraba al deseo de la asociación; la necesidad de hallarse juntos para orar, para sostenerse, para consolarse, para asegurarse de que al ocurrir la muerte, los compañeros verificarían el entierro y celebrarían después un banquete en memoria del difunto. El Asia Menor, Grecia, Siria, Egipto, contenían masas de pobres, gentes muy honradas; á su manera, humildes y sin distinción; pero mal avenidos con el espectáculo que ofrecía la aristocracia romana; llenos de horror hacia las repugnantes representaciones de los anfiteatros, en los cuales Roma había convertido los suplicios en un divertimento. Exhalábase de la conciencia moral del género humano, una formidable protesta, y no existía ningún sacer-

dote que se hiciera intérprete de ella, ni dios alguno que tuviera en el corazón una chispa de piedad que respondiera á los suspiros de la pobre humanidad doliente de aquella época. La esclavitud alcanzaba su última dureza: Cláudio creía realizar un gran acto de humanidad, estableciendo, por medio de una ley, que el amo que hubiese echado á las puertas de su casa á su esclavo viejo é imposibilitado por la enfermedad, perdiera sobre él todo derecho, si el pobre anciano llegaba á curarse. ¿Cómo quereis que estos dioses sin entrañas, engendrados por goce la imaginación de los tiempos primitivos tuviesen remedio para males semejantes? Queríase un padre que agradeciera los esfuerzos del hombre y le prometiera una recompensa. Queríase un porvenir de justicia en que la tierra perteneciese á los humildes y á los pobres; se quería la seguridad de que el hombre no sufre en vano, y de que mas allá de estos tristes horizontes velados por las lágrimas, hay campos felices donde la humanidad encuentre un día el consuelo de sus penas.

Precisamente el judaísmo tenía todo eso. Por la institución de las sinagogas (no olvidéis, señores, que de las sinagogas ha salido la Iglesia), el pueblo judío practicaba la asociación de la manera mas pujante que jamás se haya realizado. Su culto era, en apariencia al menos, el deísmo puro. Nada de imágenes. Solo desprecio y sarcasmo para los ídolos. Pero lo que sobre todo caracterizaba al judío, era su confianza en un porvenir brillante y feliz para la humanidad. No teniendo ninguna idea fija sobre la inmortalidad del alma, ni sobre las recompensas y los castigos de ultratumba; el judío, discípulo de los antiguos profetas, hallábase como embriagado por el sentimiento de la justicia: quiere la justicia aquí abajo, sobre la tierra; confiando poco en las seguridades respecto de la eternidad que tan fácilmente producen la resignación del cristiano; se enoja con Jehová, le reprocha su indolencia; y le pregunta cómo puede dejar por tanto tiempo á la tierra en manos de los impíos. No duda de que la tierra le pertenecerá un día y que su ley establecerá en ella el reinado de la justicia y del amor.

El judío, señores, es quien triunfará; el porvenir le pertenece. La esperanza, eso que el judío llama la *tiqua*, está seguridad en algo que no está probado, pero á lo cual se acoge con tanto mas frenesí cuanto mayor es la incerti-

dumbre, constituía el alma del judío. Los salmos eran como incesantes acordes de arpa que llenaban la existencia de armonía y de fe, saturadas de indecible melancolía; los profetas poseían las palabras de la eternidad; este segundo Isaías, por ejemplo, este profeta del cautiverio, anunciaba el porvenir con los colores mas brillantes que el hombre jamás haya soñado. La Thora, por otra parte, daba la receta para ser feliz (entiéndase que esta felicidad se refería a la vida en la tierra), por medio de la observación de la ley moral, del espíritu de la familia y del espíritu del deber.

El establecimiento de los judíos en Roma databa aproximadamente de sesenta años antes de Jesucristo. Cicerón considera un acto de valor el haber osado resistirles. César les favoreció y los halló fieles. La muchedumbre los detestaba, los tenía por malévolos, los acusaba de formar una sociedad secreta cuyos miembros se protegían a todo trance en detrimento de los demás; pero estos juicios superficiales no eran los de todo el mundo; los judíos tenían tantos amigos como detractores; reconocíase en ellos alguna cosa superior. El pobre judío ambulante del Trastevere solía volver a su casa por la noche enriquecido con las limosnas procedentes de manos piadosas; las mujeres, sobre todo, sentíanse atraídas hacia esos misioneros andrajosos. Juvenal coloca la inclinación a las doctrinas religiosas de los judíos, entre los vicios que reprocha a las damas de su tiempo. La palabra de Zacarías cumplíase al pie de la letra; el mundo se asía al pliegue del manto de los judíos diciéndoles: «Llevadnos a Jerusalén»

I.

El principal barrio judío de Roma estaba situado mas allá del Tiber, esto es, en la parte mas pobre y mas fea de la población, probablemente en los alrededores de la actual *Porta Portese*. Hallábase allí, antes como ahora, el puerto de Roma, sitio donde se desembarcaban las mercancías llevadas de Ostia sobre una especie de balsas. Era aquel un barrio de judíos y de sirios, «pueblos nacidos para la servidumbre», como dice Cicerón. Efectivamente, el primer núcleo de la población judía de Roma se había formado con libertos, la mayor parte de los cuales procedían de los prisioneros llevados a Roma por Pompeyo, que habían pasado por la esclavitud sin cambio alguno en sus costumbres religiosas. Lo que tiene de admirable el judaís-

mo es la sencillez de la fe que hace que el judío transportado a miles de leguas de su patria, al cabo de muchas generaciones, sea siempre un judío muy puro. Las relaciones entre las sinagogas de Roma y Jerusalem eran continuas. La primera colonia había sido reforzada con nuevos emigrantes. Estas pobres gentes desembarcaban por centenares en la *Ryia* y vivían en el barrio adyacente al Trastevere, haciendo el oficio de esportilleros, comerciando al pormenor, cambiando pajuelas por vasos rotos y ofreciendo de este modo a las activas poblaciones italianas un tipo que mas tarde había de serles muy familiar, el tipo del mendigo perfecto en su arte. Todo romano que se respetaba no ponía jamas el pie en estos barrios abyectos.

Eran una especie de arrabales destinados a clases menospreciadas y a ciertos servicios pestilentes; las tenerías, las triperías y los pudrideros estaban relegados a aquellos sitios. Los desheredados de la fortuna vivían tambien en aquellos parajes apartados, en medio de los fardos de mercancías, de las posadas mas modestas y de los portadores de sillas de mano, *Syri*, que tenían allí su cuartel general. La policía no entraba en dichos lugares, si no cuando las riñas eran sangrientas ó se repetían con mucha frecuencia. Pocos barrios de Roma eran tan libres, y la política no figuraba en ellos para nada. No solo se practicaba de ordinario el culto, sin obstáculos de ninguna especie, sino que tambien se hacia la propaganda con toda facilidad.

Protegidos por el desden que inspiraban, los judíos del Trastevere tenían así una vida religiosa y social muy activa. Poseían escuelas de *hakamin*, y en ninguna parte el rito y las ceremonias de la ley eran observadas mas escrupulosamente, ofreciendo las sinagogas la organización mas completa que se conoce. Los títulos de «padre y madre de la sinagoga» eran muy estimados, las ricas convertidas tomaban nombres bíblicos, convertían con ellas a sus esclavas, hacían explicar la Escritura por los doctores, levantaban lugares destinados al rezo, y se ufanaban de la consideración de que gozaban entre los adeptos. La pobre judía, mendigando con temblorosa voz, hallaba medio de deslizarse al oído de la gran señora romana algunas palabras de la ley, y ganaba el ánimo de la matrona, que le abría su mano llena de monedas.

(Se continuará.)

FIN DE UN DRAMA.

Todas las comadres se hallaban en la puerta y la miraban con desprecio. Los niños iban hacia ella adelantando sus manos sucias. Los perros corrían ladrando en ademán de morderla, y volvían atrás gruñendo. Los hombres indiferentes decían:

—¡Calle! ¡Es la Juana!

El sol poniente teñía el cielo de púrpura, y la brisa que deshojaba las lilas y los naranjos en flor, pasaba tibia y perfumada.

Ella—la Juana, como decían—tenía veinte años. Estaba pálida; sus cabellos destrenzados caían en mechones sobre sus hombros. La miseria había abierto grandes surcos en su rostro y en este momento la vergüenza doblaba su cabeza.

Un pequeño querubín de ojos brillantes, mejillas rosadas y rizada cabellera, se agarraba á su vestido y andaba volviendo la cabeza para mirar á los chiquillos que le hacían burla.

Daba cierta tristeza ver á aquellos dos seres solos en medio de una aldea populosa y de una naturaleza tan alegre.

La joven atravesó la aldea y se detuvo ante la última casa... El niño, al verla llamar á la puerta, se fué hacia los chicos que los habían seguido y que retrocedieron al principio, pero que atraídos por su sonrisa se le unieron en seguida, y empezaron á jugar con él.

La Juana había llamado á la puerta. Un anciano vino á abrir y retrocediendo ante ella dijo:

—¿Qué buscas aquí?

Juana se había apoyado en el cerco de la puerta para no caerse.

—Vamos, mendiga, vete—continuó aquel hombre—estás ensuciando mi casa.

—¡Padre!...—suplicó Juana.

—¡Vete!... ¡Vete!

Pero la pobre mujer se había adelantado hasta la mesa y con el cuerpo inclinado y la cabeza baja, cubría con una mano su rostro inundado de lágrimas, decidida á hacerse arrojar ántes que retroceder.

—Padre.... yo....

—Calla; ¿puede ser hija mía una mendiga como tú?....

¡Hija mía!.. En otro tiempo tuve una hija á quien mi pobre mujer adoraba. Era buena y hermosa, y hubiéramos dado por ella nuestra vida.—Antes de amanecer, el viento, con la lluvia, con la nieve, íbamos á obligar á la tierra á que nos diése lo que necesitábamos para hacer de ella una señora.... Así que llegó á la edad de ir á escuela, lo hicimos privándonos de una porción de cosas sumamente necesarias. Luego la pusimos en un colegio.... Queríamos que fuese bella y ningún sacrificio nos pareció grande y no escatimamos ni fuerza ni salud.... Cuando la vimos educada, honrada como su padre, pura como su madre, nosotros, que tantas necesidades teníamos, continuamos viviendo en el trabajo y la estrechez para hacerla un pequeño doté que entregar con ella al hombre que la hubiera hecho feliz.... Y por la noche, cuando volvíamos á casa, nos consolábamos mirándola tan hermosa, tan digna de nosotros.... Y ella.... ella.... ¡miserable!... Un día se escapó con un libertino, siendo la irrisión de todos los jóvenes del pueblo que ántes se hubieran matado por ella!....

Hubo un rato de silencio, sólo turbado por los sollozos de Juana y los gritos alegres de los niños que jugaban en la calle.

—A fuerza de llorar y de pasar días y días sentada en la orilla del camino para ver si volvía su hija, la pobre vieja...., tosió al principio...., luego se acostó.... luego la condujimos al cementerio.... y quiso llevar en la mano el gorrito que ella misma había bordado para el bautizo de su hija.

—Padre.... padre.... ¡perdon!

—Durante este tiempo ella... ¡qué vergüenza!... ¿Cómo vivía?... Los de la ciudad que venían por aquí me decían.—Ayer vi en tal teatro á vuestra hija.—Yo no tengo hija.—Si, tío Basilio; acuértese V. de Juana; ahora la llaman...—Al primero que me hable de esa mujer le parto la cabeza con el hacha... Y no me atrevo á salir de casa, porque me parecía que todos se burlaban de mí...

Un día fui á la ciudad... y la vi... ¡Hija mía! Vamos, vete; yo no tengo hija. Vete de aquí, mendiga, vete ó no respondo...

—Perdon, padre, perdon!

—¿Quieres irte?

Y la lucha continuaba.

Rojo, bañado en sudor, con los cabellos enmarañados, el niño entró en el cuarto á escuchar los gritos de su madre... Separó el pelo que le cubría los ojos y dijo altivamente al anciano:

—Por qué haces llorar á mamá, si dicen que eres mi abuelo?

El tío Basilio dejó á Juana, y con los ojos asombrados miró al niño, mudo, inmóvil, sin poderse dar cuenta de los sentimientos que se apoderaban de él... Quiso hablar, pero balbuceó.... Las lágrimas inundaron su rostro y para ocultarlas abrazó al niño y á la madre.

ALEJO TEJEDOR.

(Del *Nuevo Ateneo*)

DISCURSO

leído por D. Juan B. Salas Anton, en la velada científica-artística-literaria celebrada en el Casino Catalán Industrial de Sabadell el día 5 de Mayo de 1880.

DE LA IMPORTANCIA DE LA INSTRUCCION.

Señores: Ardua es la tarea que me impongo. Sin vacilaciones, mas con cierto temor, acepto la empresa. Ya que no la inteligencia, el corazón me abona. Importante es el problema que acometo, y tan importante cuanto grande el entusiasmo que me alienta y la fe que me anima; fe y entusiasmo que acompañan siempre al hombre que, amante de la humanidad, halla ocasión de empujar hacia el ideal de las edades á ese inmenso torbellino de razas y generaciones que se agita tumultuosamente sobre la faz de la tierra.

¿Es importante la instruccion para la salud de los pueblos? Señores, no seré yo quien dirija á mi ni mucho menos á vosotros una pregunta, que cual la que acaban de pronunciar mis libios, de puro axiomática está en la conciencia de todos. Sin embargo

no puedo dejar de contestarla, ya que aun hoy no falta quien la niegue y tenga la osadía de declararse enemigo de ella, aun cuando todos nosotros sabemos que los enemigos de la instruccion son los enemigos de los pueblos, y los enemigos de los pueblos son los enemigos del verdadero Dios.

La instruccion no solo es importante, si que tambien útil, no solo útil sino necesaria para la salud de los pueblos, puesto que en los pueblos no puede haber salud sin la libertad y la libertad es una águila cuyas alas son la instruccion.

El hombre es un compuesto de alma y cuerpo. Este pegado siempre á los pechos de su madre cariñosa, la naturaleza; aquella siempre suspendida del hábito de su Padre pródigo, Dios. El cuerpo, siempre hambriento de materia y no pudiendo subsistir sin ella, busca en su madre los elementos que lo reconstituyan y reparen sus perdidas fuerzas; el espíritu, siempre sediento de espíritu, busca en su Padre los elementos que son su esencia: la Verdad, la Belleza y el Bien; y por lo mismo, al paso que el cuerpo solamente está sano dentro de las condiciones que la naturaleza le impone, el espíritu solo se halla en su centro cuando es *sábio, armónico y virtuoso*.

Je ne sais qui m' a mis au monde, dice Pascal; *ni ce que c' est que le monde, ni que moi-même*. Yo no sé quien me ha puesto en el mundo, ni lo que el mundo sea, ni lo que yo mismo soy. Así tambien, las primeras preguntas que á si mismo se dirige todo hombre medianamente pensador son las siguientes. ¿De dónde vengo? ¿en dónde estoy? ¿á dónde voy? Y al contestarse, halla que la primera respuesta le pone en relacion con Dios, que es su origen; la segunda en relacion con la sociedad y con la naturaleza, que son los medios en que vive y se desarrolla; y la tercera en relacion consigo mismo, trazándole su conducta al revelarle su destino.

De aquí la necesidad de la filosofía que le hace saber de donde viene; de aquí tambien la necesidad de las ciencias políticas y sociales que le instruyen del medio social en

que obra, y de sus derechos y deberes para con la sociedad, de una parte, y de otra la necesidad de las ciencias naturales, físicas y exactas para revelar los secretos de la naturaleza, otro medio en que también se desarrolla, ciencias éstas y aquellas que, juntamente le responden á la pregunta: *¿Ubi sum?* ¿en dónde estoy?; y finalmente, de aquí también la necesidad de las ciencias psicológicas, éticas y religiosas para instruirlo de su destino y medios de alcanzarlo. Ya veis, pues, Señores, cómo por medio de una lógica, sencilla y hasta natural, hemos venido en conocimiento de que el hombre ha menester en todo y para todo de la instrucción, que ella es al espíritu lo que el oxígeno á los pulmones, lo que el hidrógeno al agua, lo que el aire á la combustión; y como consecuencia, que sin instrucción el hombre no puede cumplir su fin; ni es responsable de sus acciones, ni puede exigírsele deberes, ni, por delitos que cometa, puede, si Dios es justo, arrojarse en el número de los reprobos, ya que la imbecilidad exime de responsabilidad y la imbecilidad y la ignorancia son fronteras. Vemos, pues, que, sólo instruyéndose, el hombre puede poseer la Verdad, saborear la Belleza, amar y practicar el Bien, ó lo que es lo mismo ser *sábio, armónico y virtuoso*.

Ahora bien: apoyado en que para ser *sábio* debe el hombre *conocer* á Dios, á sus semejantes, á la naturaleza y á sí mismo; que para ser *armónico* debe acompañar el *conocimiento* de un profundo amor á todo lo creado; y que para ser *virtuoso* debe *realizar* el amor practicando las buenas obras y singularmente la *caridad*; permitáseme decir que el primer objetivo del hombre debe dirigirse á la *fuerza* de todo *conocimiento*, á la *razón*. El hombre debe *conocer* para *amar* y debe *amar* para *obrar*; ó, cambiando los términos antes de determinar sus voliciones debe amarlas, y no debe amarlas, sin antes conocerlas en esencia. De ahí que el *conocimiento* deba *preceder* al *sentimiento* y este á su vez á la *voluntad*. De ahí también que en la *Razón*, manantial inagotable del *conocimiento*, es donde debe buscar el hombre a

solución de cuantos problemas ofrecen á sus ojos el individuo, la sociedad. Dios. Hé aquí por qué los tiempos modernos han proclamado la autoridad de la Razón, y es el *racionalismo*, predilectamente el *armónico*, el eje sobre que debe girar el nuevo mundo de la futura y próxima reorganización social.

Será bien, Señores, hacer hincapié en el sistema filosófico racionalista, toda vez que tantos detractores encuentro en las exclusivistas escuelas de las religiones positivas, escuelas que pretenden enclaustrar el gigantesco pensamiento humano en los estrechos límites del dogma, cuando la del pensamiento es la primera, es la más legítima, es la más augusta de las libertades; y tanto es así como que el Supremo Hacedor no ha permitido siquiera que el pensamiento del más ínfimo de los ciudadanos pudiera ser leído ni por el más docto de los hombres; porque, Señores, Dios encerró el pensamiento bajo la frente del hombre, y ni el ojo más avizor, ni la más profunda perspicacia, ni el escalpelo quirúrgico, ni la retorta del químico, ni todos los poderes del mundo son bastantes á descifrar el pensamiento del último mendigo que os implora una limosna.

He aquí la lucha que se opera en el presente período histórico: de una parte, y allí donde hubo ayer la oguera, el dogma; de otra, allí donde hubo ayer la víctima, el libre examen; allí la tiranía, aquí la libertad; allí la persecución, aquí la hospitalidad; allí la intransigencia, aquí la tolerancia; allí el odio, aquí el amor; allí el hacha, aquí el abrazo; allí el encarnizamiento, aquí la fraternidad; allí Satan, aquí Dios, (nutridos aplausos.)

Está dicho todo con decir que en las puertas de los pasados tiempos se leían las palabras que escribió el Dante á la entrada del Infierno: *Lasciate ogni speranza voi qu' entrate*. «Vosotros que entráis, abandonad toda esperanza.» En el átrio de los tiempos presentes se leen estas otras: «Regocíjate, oh tu, que has nacido, porque la muerte no existe.»

¿Sabeis el Racionalismo á donde conduce? conduce á la erección de un sacerdocio to-

mado por toda la familia humana, siendo el hombre el sacerdote de la verdad y la mujer sacerdotiza del sentimiento, conduce a la adoración de un solo y único Dios verdadero, a la destrucción de los ídolos y a crear una religión; no de ceremonias sin sentido, no de preces pagadas ni de gracias vendidas, sino una religión fundada en las buenas obras, que son el único culto acepto a los ojos de Dios. (Rumores en algún grupo de la izquierda.) Señores, durante largos siglos el hombre ha venido viviendo sin pensar, que equivale a decir sin vivir; durante largos siglos se ha venido diciendo al hombre: «cree lo que te digo», y el hombre ha contestado: «meditaré si puedo creerlo» y se le ha respondido: «¿no tienes el derecho de examinarlo? debes creerlo porque sí; y ¡ay! de ti si tal no hicieras, porque si no lo crees perecerás achicharrado en la hoguera, porque si no lo crees tu alma estará perdida por toda una eternidad». Y el hombre al oír la voz que se decía: ser de Dios con el acento de un verdugo, ha temblado de pavor, ha estremecido de horror, ha gemido, ha levantado los ojos al cielo y ha dicho: «creo»; y las más veces ha mentido; y por no haber querido mentir dejaron de existir cinco millones de seres humanos, y cuando ya en los espacios no cabían tantos desgarradores ayes, ni en los mares tantas lágrimas, ni en los mares tanta sangre, ni el mundo podía sostener el peso de tantas cadenas, la tierra se estremeció, y el Espíritu de Dios, siempre bueno, siempre grande, siempre redentor, grabó en el cielo el dogma de la libertad de conciencia, dogma que vivirá eternamente, dogma que no podrá borrar la mano del hombre por haber sido formada por el dedo de Dios.

Y qué tiene que ver todo esto con la importancia de la ilustración? Esto me diréis algunos. Señores, todas las cosas están tan íntimamente relacionadas, tan unidas entre sí, el universo es tan uno, que difícilmente puede herirse uno de los eslabones de la cadena del conocimiento sin que todos se estremezcan. Es por esto que hoy con dificultad podemos tratar de las cuestiones socia-

les de mayor trascendencia sin que toquemos en la ciencia de las religiones, en la política, ó en la económica.

He dicho que el primer deber del hombre, si quiere llenar su misión, si quiere ser algo más que un bruto y muchísimo más que un vegetal, es el *conocer* y como solamente puede conocer instruyéndose, de aquí que la instrucción sea no tan solamente necesaria, sino también el primero de los derechos del hombre y por ende el primero de los deberes de la sociedad.

He dicho también que Dios ha dado al hombre la libertad del pensamiento, y como la instrucción no es otra cosa que la aplicación del pensamiento a la verdad, de ahí que la instrucción debe ser libre, único medio de hacerla agradable, fecunda y moralizadora.

He dicho que lo primero que el hombre desea saber es su origen y que esto se lo dice la filosofía. Múltiples sistemas filosóficos se han sucedido en el progresivo curso de las edades, y yo creo, y lo creo de buena fe, y con el convencimiento más hondo, que ningún sistema filosófico ha llenado tan satisfactoriamente las aspiraciones del pensamiento humano como el *racionalismo*; sistema entrevisto ya por Descartes en la duda metódica cimentada sobre el indiscutible axioma: *ego cogito, ergo sum*; yo pienso, luego existo; principio que, en mi humilde pensar puede completarse diciendo: *Ego dubito, ergo cogito; ergo cogito, ergo sum*; sistema delineado por el filósofo de Königsberg en la *Crítica de la Razon pura*, y vastamente desarrollado y completado por Krause en sus inmortales obras.

Es el Racionalismo el único sistema que ofrece un principio de certeza, condición *sine qua non* si se quiere avanzar en el estudio de la filosofía. El racionalismo, sustituyendo la teología por la teodicea, hace que el hombre alcance por propia elaboración de pensamiento el conocimiento de Dios, única manera de ahogar la duda y cobrar horror a la repugnante hipocresía. Inferese, pues, de lo dicho, que la instrucción además de

solibre debe ser racional, y que el estudio de la filosofía es de la mas absoluta necesidad á la inteligencia del hombre.

No menos importante es el cultivo de las ciencias políticas y sociales, como la teoría del estado y sus formas de gobierno, la historia y su filosofía, etc., etc., toda vez que el hombre no vive aislado y si en sociedad. Ellas hacen que el hombre, despojándose de todo egoismo personal, se encarne en la sociedad y se identifique con ella, y formando con la sociedad un mismo organismo, la ama como á si propio; su pensamiento constituye parte del pensamiento público, su modo de sentir individual contribuye en la formación del sentimiento de todos, y á su vez su voluntad se refleja en la de todos también.

Entonces es cuando el hombre, penetrado de su profundo amor á la familia humana, obra prodigios, ama el sacrificio y la abnegación, se transforma en héroe, no ve en sus intereses mas que una parte del tesoro común, su felicidad la basa en la felicidad social, y entonces el hombre rebosando de ese fecundo amor que es la divina esencia, ama la libertad social porque es la suya propia, y amando la libertad ama la igualdad que es su base, y amando la igualdad ama la fraternidad que es la igualdad encarnada en el amor, y amando estas tres hipostasis de la trinidad mas augusta, ama á todos los pueblos, á todas las razas, á todos los hombres, y reconociendo que la humanidad es una comunidad, es su propia familia, desea derribar las fronteras, desea que rija un solo é idéntico derecho en todo el mundo, un solo poder legislativo en todo el globo, una sola ley, una sola moral, las mismas costumbres, el mismo modo de ser en todos los ámbitos de la tierra, desea que en la humanidad de todos los hombres se gobiernen entre sí y por ellos mismos como en una comunión de hermanos, y, en suma, entonces el hombre avasallando con su fuerza de iniciación el ideal del género humano, trabaja con fe para realizar en la sociedad el socialismo armónico, única solución á los problemas sociales de la edad moderna,

cuando se la busca con el desinterés de todo hombre de bien y amante sincero de la verdad.

¿Y que diré de las ciencias físicas, naturales y exactas? Seria interminable si quisiera desarrollar como se merece el tema que me ocupa; mas, para no hacerme mas pesado de lo que me hago y atendido el escaso tiempo de que dispongo, he de limitarme á hilvanar pedazos sin hilación alguna y conforme brotan de mi pensamiento. La geología nos enseña el origen y composición del mundo que habitamos, la astronomía los movimientos y relaciones de los astros; la cosmografía abraza el estudio del universo físico; la zoología, descubriéndonos el conocimiento de los animales, nos inclina á amarlos como obras de un mismo Artífice; la botánica nos revela los secretos y clasificación de las plantas y nos dispone á rociarlos de nuestro generoso amor; la minerología nos impone de las propiedades de los elementos inorgánicos, y la física, la química, las ciencias matemáticas y todos los demás ramos del humano saber, nos hacen conocer, admirar y amar la gigante obra del Sublime Creador de los mundos.

Por último, la psicología nos manifiesta lo que somos en espíritu, mientras la fisiología y en parte la antropología nos hace saber lo que somos en materia. Y, una vez realizado el *nosce te ipsum*, vislumbramos nuestro dichoso y bello porvenir, el de vivir eternamente atravesando la infinidad de mundos que pueblan la inmensidad de los celestes espacios; y viene la ética á prestarnos su concurso para hacernos dignos de Dios, viviendo en la honestidad y en la virtud y practicando el sublime culto de la Caridad.

A grandes rasgos hemos visto, señores, como todas las ciencias de consuno trabajan en la formación del conocimiento, y como todas son necesarias si el hombre quiere ser feliz en si mismo y útil á la Sociedad.

He dicho que Dios es lo Absoluto en la Verdad, en la Belleza y en el Bien. Si poseemos la Ciencia, poseemos á Dios en cuanto es Verdad. Y ¿para poseerlo en Belleza?

Para esto debemos cultivar la estética en las letras y en las artes fónicas, pictóricas y plásticas, que son su manifestación.

Y para poseer a Dios como Bien, debe practicarse el bien por amor al mismo bien, cosa que a más de remunerarnos con el placer que sentimos en el alma cuando acabamos de hacer una obra buena, nos constituye en obreros de Dios ya que contribuimos al sosten de la armonía que preside a los fenómenos de los mundos físico y moral.

De aquí la necesidad de Ateneos y centros de instrucción, no solo en las grandes capitales si que también en las últimas aldeas. ¿Es imposible realizarlo? No. El cristianismo disponiendo de menos elementos que los tiempos presentes levantó templos aun en las más ocultas breñas, y la religión del porvenir, la caridad, levantará una escuela y una biblioteca en todos los pueblos por insignificantes que sean.

Los Ateneos, al llamarse científico-artístico-literarios, buscan la posesión de la verdad y de la Belleza, y como están formados por una comunidad de hombres, realizan el Bien, amándose entre ellos como hermanos por opuestas que sean sus ideas, y de aquí nace una armonía admirable como nacerá de este Ateneo, cuando sea tal, esparramándose por esa rica y floreciente Saba-dell, mi querida Patria.

Y concluiré diciendo que la instrucción moraliza y mata las preocupaciones, los odios y el malestar de los pueblos. Cuando el levita dice al hombre que Moisés recibió de manos de Dios las tablas de la Ley en la cima del Sinai, el Egiptólogo, ese hombre que busca los secretos de la antigüedad en los geroglíficos de las orillas del Nilo, el Egiptólogo, digo, le responde que las tablas de la Ley, fueron sacadas por Moisés de los misterios egipcios en Memphis después de haber sido iniciado en la religión de aquellos misterios cuando se educaba en la corte de los Faraones, y comprendiendo Moisés la grandeza del código aquel, trasportólo al seno del pueblo hebreo. Cuando el levita dice al hombre que los hebreos son el pueblo más antiguo y que la religión judaica fué la

primera, el orientalista le traduce los libros de los Vedas, y el Zend-Avesta. Cuando los sacerdotes de todas las religiones afirman que el rayo es un arma de muerte que esgrime me Dios para castigo de los pueblos, sale el genio de Franklin del fondo de las tumbas, empuña una aguja de hierro terminada por una punta de platino, levántala enhiesta en el espacio y desarma de sus iras la más tremenda tempestad. Cuando el levita dice al agricultor que las lluvias son producidas por el capricho de Dios, el físico le responde que todo en el mundo es producido por leyes inmutables y eternas, verdaderos ministros del Señor.

Señores: Demostrada la importancia de la instrucción, animémonos a estudiar con ahínco, vengamos aquí a dirimir nuestras contiendas científicas amándonos siempre, por diversidad de ideas que exista entre nosotros; seamos libres en la emisión del pensamiento, y si por acaso algún hipócrita, esa planta pantanal que solo puede vivir en el estiércol de la ignorancia, nos condenare a la perdición eterna, sonriámonos, y dirigiendo los ojos al cielo exclamemos: *Nada puede la maldición del hombre sobre mí, por que llevo el bien en la conciencia y sobre mí se levanta la bendición de Dios.* (Repetidos y prolongados aplausos). —He dicho.

Recomendamos muy eficazmente a nuestros lectores los dos concienzudos artículos que copiamos a continuación tomándolos de *La Publicidad*, y felicitamos a su autor por sus sabias consideraciones.

LOS CEMENTERIOS

Denegación de sepultura eclesiástica.

Ni la misma muerte logra contener los furores de la intolerancia religiosa. La justicia civil se detiene respetuosa ante la tumba, cesando allí la responsabilidad criminal del delincuente. La autoridad eclesiástica que mira más al espíritu que al cuerpo, y que debe inspirarse en las doctrinas de caridad de Aquel de quien depende todo poder, traspasa en su misión coercitiva los

confines de la muerte, y se introduce hasta en el interior de la tumba para castigar el cuerpo inanimado de quien, sin saberlo, supone pecador y condenado: Ni aun después de muerto, y sepultado en la tierra deja tranquilo al hombre la intolerancia religiosa. Con inhumano fervor va á buscarle en el fondo de la fosa, y perturbando su sueño le arranca de allí para echarle á un lugar de oprobio y de censura, ya que no puede aniquilar sus huesos y aventar sus cenizas.

La historia recuerda todavía con horror aquellas furiosas y brutales muchedumbres que en la fiebre de la revolución corrieron á Saint Denis, el Escorial de la monarquía francesa, para abrir y profanar, en nombre de la libertad, los sepuleros de sus reyes; pero la humanidad recuerda todavía con más horror, y condenará eternamente, á aquellos fanáticos religiosos, que en un período de despótica reacción penetraron en la cripta de Santa Genoveva, y en nombre de Dios, invocando á Jesucristo, violaron las tumbas de Voltaire y de Rousseau y arrojaron sus huesos y cenizas en las inmundas cloacas de París.

Toda conciencia honrada vuelva la vista con vergüenza y espanto de tan horribles atentados. El respeto á los muertos y la paz de la sepultura, que en castigo del infiel, del hereje ó del impenitente verifica de cuando en cuando la Iglesia. No negaremos que las autoridades religiosas, sobre todo las más altas, proceden en este punto, en algunas localidades, con bastante prudencia, y que hasta en casos graves dejan de aplicar — respetando, tal vez el sentimiento de la humanidad, — terminantes disposiciones canónicas que niegan el derecho de sepultura eclesiásticas; pero es lo cierto, sin embargo, que tan tristes espectáculos se presenciaban todavía con frecuencia, sobre todo en ciertos períodos, y que cada vez que acontecen hiernen profundamente, y en lo más vivo, la conciencia humana.

Dos hechos, por no decir atentados, de esta clase han ocurrido en España en estos últimos días, sin que el grito de indignación que levantara el primero lograra evitar el último.

El uno tuvo lugar en Huesca; el otro acaba de presenciarse en el pueblo de Sartajada, en la provincia de Toledo. Allí se arrancó de su sepultura, después de veinte y siete días de enterrado, el cadáver de una pobre mujer, que se llamaba Ana Coll, y se le dejó por algunas horas como inmundo y vil animal en medio de los campos;

aquí en el pueblo de Sartajada murió el día 3 de los corrientes un abogado de Madrid y cinco días después todavía se hallaba su cadáver sin recibir sepultura.

No tratamos de discutir, ni de negar aquí el derecho de la autoridad eclesiástica en esta materia, y hasta reconocemos que es ella, y no el Estado, la que debe decidir, — si es que puede, — si una persona ha muerto ó no fuera de la Iglesia, por más que creamos que el Estado ha de procurar, por otra parte, que se respete siempre la libertad de conciencia, para que pueda el hombre pensar libremente en Dios en la hora suprema de la muerte sin tener que temer el ser enterrado ó desenterrado con oprobio y censura; y que la Iglesia ha de evitar, en bien de las almas, que el moribundo, por temor al deshonor ó al desconsuelo que la negativa de decorosa sepultura pueda ocasionar á su familia, finja confesiones y profane sacramentos en los últimos instantes de su vida; no queremos, por lo mismo sostener, como han hecho otros periódicos, el derecho de sepultura en tierra santa que pudiese tener el cadáver de la mujer de Huesca porque, según dicen, era virtuosa y honrada, había sido bautizada como católica, había bautizado en la Iglesia católica á sus hijos y hasta pertenecía á una *cofradía religiosa*, circunstancias que se han ofrecido justificar por partidas sacramentales y documentos; añadiendo que su única culpa consistía en el entierro civil, ó solo de pobres, según algunos, que después de su muerte, y por lo mismo sin su voluntad y consentimiento, acordaron los parientes; ni queremos igualmente defender el derecho que también suponen que tiene á sepultura sagrada el cadáver del abogado de Madrid que confesaba y comulgaba, según se dice, ordinariamente con el señor Manterola, y cuya única falta consiste en no haber sido posible que recibiera los sacramentos en su última enfermedad.

No desconocemos, por cierto, ni negamos las facultades extraordinarias que sobre este punto tiene la autoridad eclesiástica; verdadero juez de la conciencia de sus fieles; no ignoramos tampoco la plena libertad que en todas las cosas que pertenecen al derecho y ejercicio eclesiástico y al ministerio de las órdenes sagradas reconoce en España á los obispos y clero dependiente el artículo 4.º del Concordato vigente; y sabemos también que bajo el punto de vista canónico ó eclesiástico, no solo el dogma, sino hasta el rito deben sobreponerse á toda consideración tem-

poral y terrena; y que la peste moral que despi-
de el impenitente inhumanado en tierra santa,
es mil veces mas nociva, perjudicial y deletérea
que todas las pestes y epidemias materiales que
puedan ocasionar el desenterrar o no dar sepul-
tura a un cadáver en putrefaccion. Nada de
esto ignoramos; pero apesar de todo, y apesar
de lo que dispongan los cánones y los concilios,
y de que San Leon el Grande haya dicho: *Qui-
bus vivis non communicamus nec mortuis commu-
icare debemus*; lo cierto, lo innegable es, que el
hecho de dejar insepulto a un cadáver, ó de ar-
rancarlo de la fosa despues de veinte y siete dias
de enterrado, es incompatible con la caridad
cristiana; es contrario á la consoladora doctri-
na de misericordia que el Maestro enseñó en la
Parábola del Samaritano; lo cierto y lo innega-
ble es que la conciencia rechaza, y la humani-
dad condena, todo lo que sea atentar contra el
reposo de los muertos y perturbar la paz de las
sepulturas.

*Fundamento de la privacion de sepultura en los
de los católicos á los que mueren fuera de la
Iglesia*

Durante los primeros siglos del Cristianismo,
mientras la Iglesia fue perseguida ó simplemente
tolerada, se confundian por lo general en los
cementerios los restos de los fieles con los res-
tos de los paganos ó herejes. En el Código de
repetita prelectionis se encuentra una ley atribui-
da al emperador Marciano que dice: *Hæretici
ei legitimo modo, ut ceteri sepeliuntur*.

Pero cuando la Iglesia de tolerada pasó á ser
intolerante; de perseguida, perseguidora; y de
procesada; acusadora; entonces empezó á for-
mularse la doctrina de la negacion de sepultura
sagrada para los cadáveres de los que morian
fuera de la Comunión de los fieles. Era una
consecuencia legitima y forzosa del principio de
intolerancia religiosa. Desde el momento que
empezó á perseguirse en vida á los que se ha-
laban separados de la Iglesia; era natural, á
pesar del respeto que siempre lleva la muerte,
que se les rechazase de los cementerios destina-
dos exclusivamente á los creyentes. El mismo
sentimiento de horror y desprecio que movia
en la sociedad la presencia de aquel desdichado
que tenia la inmensa desgracia;—debida mu-
chas veces á las malas enseñanzas y peores
ejemplos de los mismos representantes de Dios,
—de morir obstinado en el error, debia causar-
lo despues de muerto la sola aproximacion de

su cadáver. Se explica perfectamente que re-
pugnase, aunque muerto, el contacto del incréd-
ulo que repugnaba cuando vivo.

*Quibus vivis non communicamus nec mortuis com-
municare debemus*, esclamo San Leon el Grande
y repitieron los concilios y los teólogos. Y he
aqui el principio en que se fundaba principal-
mente la privacion de sepultura eclesiástica, ó
mejor la separacion en lugar distinto de los ca-
dáveres de los que morian fuera de la comunión
religiosa. Rechazar despues de muertos á los
mismos á quienes se rechazaba en vida. No comu-
nicarse en los cementerios con aquellos de
quienes se vivia separado en las ciudades.

Cuando la sociedad de los fieles rechazó á los
paganos, persiguió á los herejes, odio mas tar-
de á los usureros, y desprecio luego á los fida-
dores, á los cómicos y á los duelistas, vinieron
los Concilios y los Pontífices para decretar su
exclusion de los cementerios sagrados. *Quibus
non communicamus vivis, non communicemus de-
functis*.

Y se comprende y se explica dentro del or-
ganismo dogmático de la Iglesia, esta separa-
cion en vida de los buenos y los malos, de los
creyentes y los incrédulos, de los virtuosos y
los perversos, por el temor del contagio del
error y del vicio, apesar de que Jesucristo no
rehuia la comunicacion con los gentiles y pecador-
es, y de que, segun San Atanasio, es aque-
lla indispensable para atraerlos por medio de la
persuasion y de la amistad á la fe; pero aun
partiendo de esta separacion entre vivos, no se
comprende ni se explica fácilmente la repugnan-
cia á descansar despues de muerto al lado de
los desgraciados que morian fuera del seno de
la Iglesia. Ya no existia entonces el peligro del
contagio del error y del mal que habia en vida; y
la caridad evangélica como que no se avengue
con esta especie de castigo del ultratumba, que
castigo es el fondo, con este odio y desprecio al
cadáver que se supone condenado, sin saberlo; y
que como ha dicho muy bien en documento
público uno de nuestros más renombrados ju-
risconsultos, *nadie es capaz de escudriñar los al-
tos juicios de Dios*; y no se opone tampoco que
sepamos la misericordia cristiana á que hasta se
rece una plegaria para la salvacion del pobre
infortunado que ha tenido la desgracia de mo-
rir sin los beneficios de la fe y los auxilios de la
gracia.

Pero si esta privacion, no ya de la bendiccion
de sepultura, sino de poder descansar tan solo

En el mismo cementerio en que descansan los fieles, tenía hasta cierto punto su explicación y fundamento en aquellos tiempos en que los creyentes rechazaban en vida a los que no creían como ellos, y en que podía decirse con San Leon: *Quibus vivis non communicamus*; en los tiempos en que los fieles no repugnan, y hasta la Iglesia sostiene las relaciones y comunicaciones con los que viven separados de su comunión, la explicación que todavía se sostiene para ciertos casos en los cementerios es incomprensible é ilógica, no tiene razón de ser.

Hoy modificando la máxima de San Leon y de los Concilios, deberíamos decir: *Quibus vivis communicamus, mortuis communicare non debemus*. Aquellos cuya compañía no rechazamos en vida, en cuya mesa nos sentamos, cuya casa frecuentamos, y en cuya amistad vivimos, son indignos de descansar después de muertos al lado de nuestros despojos. Aquellas manos que en vida estrechan las nuestras, aquellos corazones que palpitan con los nuestros y aquellos labios que besan nuestras mejillas, no son dignos, cuando ya son fríos é inertes, cuando ya no pueden estrechar, latir, ni besar, ni siquiera de reposar y descomponerse a nuestro lado.

Aquel herege unido en matrimonio con una católica, mediante autorización y dispensa de la Iglesia, que en vida, según las enseñanzas de esta misma Iglesia, ha constituido una misma carne con su mujer, y han formado juntos como un mismo cuerpo, y ha sido el padre legítimo y natural de sus hijos, aquel herege, cuando muerto é inanimado, no podrá reposar en la misma tumba en que reposará su esposa, por que como tal no puede entrar su cadáver en el cementerio católico. La Iglesia le administró el sacramento del matrimonio, pero la Iglesia no puede dispensarle, que sepamos, la sepultura en tierra santa. La Iglesia pudo bendecir aquella unión matrimonial, pudo unirles para toda la vida; pero no puede bendecir la sepultura del marido; ni siquiera permitir que sus restos reposen al lado de los de su esposa. Por dispensa y consentimiento de la Iglesia estuvieron unidos en vida; por disposiciones de la misma Iglesia estarán separados en la muerte.

Aquel judío que en vida mantuvo relaciones hasta con los Pontífices, con quienes celebró contratos de préstamo, pactándose intereses, a pesar de haber prohibido varios Concilios las usuras; aquel príncipe protestante y aquel embajador herege que fueron recibidos hasta con

honoros en el palacio del Jefe de la Iglesia, y con quienes éste sostenía continuas relaciones; aquellos otros cismáticos que en las grandes solemnidades ocupaban sitios distinguidos en la misma capilla Sixtina; todos estos, cuando muertos, no podrán descansar en los cementerios sagrados; en vida su presencia no profanó el templo, después de muertos, la entrada de su cadáver mancharía el Campo Santo.

Lo repetimos: comprendemos el *Quibus vivis non communicamus nec mortuis communicare debemus*, de San Leon el Grande; pero no nos explicamos el *Quibus vivis communicamus, mortuis communicare non debemus*, de nuestros tiempos. ¿Por qué no ha de penetrar en los cementerios y en las tumbas la tolerancia que en este punto, y en bien de la Iglesia, tienen los creyentes en las ciudades y en los mismos templos?

Visitaba no hace muchos años uno de los más virtuosos é ilustrados Prelados que ha tenido esta diócesis una villa de su jurisdicción que hoy es ciudad; y, a pesar de las insinuaciones que le hicieron algunos piadosos creyentes, no tuvo reparo alguno, —recordando tal vez los buenos resultados de la entrada de Jesús en la casa del publicano y pecador Zaqueo de Jericó, de que nos habla el Evangelio de San Lucas, —en aceptar el hospedaje que de buena voluntad le ofreció un vecino de aquella localidad, que por sus ideas y por sus prácticas no era ni debía ser considerado ortodoxo. El digno Prelado, sin embargo, apesar de tener conocimiento de ello, entró en aquella casa, y vivió y comió en su compañía. Poco tiempo después falleció aquel vecino y únicamente el prestigio que tenía, y el buen nombre que por otra parte dejaba, evitaron, el que se denegara, como pretendían fundadamente varios eclesiásticos, la sepultura sagrada. Todo un Prelado, y respetabilísimo por cierto, no rehusó su casa y su compañía, y se temía que su cuerpo, después de muerto, profanase el cementerio.

¿Por qué, volvemos á repetir, no ha de existir, después de la muerte la tolerancia de comunicación, y de aproximación que ya se practica en vida?

¿A qué estos escrúpulos y repugnancias, si después de todo, las mas espesas rejas, las mas altas paredes y las mayores distancias son impotentes para impedir la confusión y mezcla de los cuerpos creyentes, con los cuerpos de los infieles y hereges? La tierra entera es un vasto cementerio donde por medio de transformación,

nes y elaboraciones misteriosas, no solo se aproximan y confunden los restos de los que ya no alientan, sino que hasta los mismos átomos que constituyeron el cuerpo de los que fueron, pasa á formar mas tarde la carne y sangre de los vivientes sin distinción de virtudes, de categorías, ni de creencias. Aquel piadoso Prelado que nunca hubiera consentido la aproximación de su cadáver al de un impenitente, tal vez al descomponerse contribuirá con sus mismos residuos y elementos á la organización y desarrollo del cuerpo de un terrible herege. Tal vez los glóbulos sanguíneos que corren por las venas de este escrupuloso ministro de la Iglesia, son los mismos glóbulos que hubian dado calor y vida al cuerpo de algun infiel ó de algun judío.

Quibus vivis non communicamus, nec mortuis communicare debemus; decia San Leon y consignaban los Concilios.

Quibus vivis communicamus, mortuis communicare non debemus; vienen á decir ahora los que gobiernan las almas.

Quibus vivis communicamus, aut non communicamus, mortuis communicare debemus; dice la ley solemne de la naturaleza; y esto se cumple apesar de todos los Papas y de todos los Concilios, de todas las intolerancias y de todos los escrúpulos.

A. J. Torrella

LA PROFECIA DE PARACELSO.

Paracelso fué el médico magnetizador más atrevido que se haya conocido. Sus obras se recomiendan, pues, á las meditaciones de los discípulos de Mesmer. Entre las producciones de este génio fogoso, se observa una que ocupa un lugar completamente aparte. Es su *Prognosticatio*, que no se ha impreso más que una vez. Hé aqui el título traducido en la forma 10—4.º: «Profecía del eminente doctor Teosofraastro Paracelso, dirigida al muy ilustre y poderoso principe Fernando, rey de los romanos, siempre augusto y archiduque de Austria, en el año 1536.» En el respaldo de este sencillo título se halla una pieza de cinco disticos, dirigida al lector por Marco Tilio. El prefacio, compuesto por Paracelso, tiene seis páginas. Las predicciones están en número de treinta y dos, y cada

una está debajo de una delicada figura grabada al buril. En fin, la obra termina por una breve explicación de las seis páginas. Hé aqui lo que dice de este curioso volumen, en su *Llave de los grandes misterios*, p. 378 á 385:

«La profecía de Paracelso, de la cual traducimos aqui el prefacio, se compone de treinta y dos capítulos, con signos alegóricos. Es el monumento mas extraño y la prueba más incontestable de la realidad y de la existencia del don de profecía natural.» (Sigue la traducción, tal vez demasiado libre, del prefacio de la *Prognostication*. El mago Eliphan escribía con mucha verbosidad, pero no se distinguía por una minuciosa exactitud, por lo que omitió algunos pasajes.)

«Seguidamente despues de este prefacio comienza una série de figuras.

«La primera representa dos muelas de molino, las dos fuerzas del Estado, la popular y la aristocrática; pero la muela popular está atravesada por una serpiente que tiene un hacedillo de varas en la garganta. De una nube sale una mano armada con una espada que parece dirigir á esta serpiente, que se arroja sobre la muela haciéndola caer sobre la otra.

«La segunda figura representa un árbol muerto, teniendo por fruta flores de lis, y el texto anuncia el destierro de la familia que lleva los lirios por emblema.

«Más lejos, la muela popular cae sobre una corona, haciéndola pedazos.

«Más lejos se vé un obispo sumergido en el agua y rodeado de lanzas que le impiden ganar la orilla. El texto dice:

«Has traspasado los límites, ahora pides la tierra y no te será devuelta.

«Luego se vé un águila con las alas extendidas cerniéndose sobre el Bósforo, en el que parece ahogarse el Sultán; esta águila no tiene dos cabezas, ni es negra, lo que excluye la Rusia y el Austria.

«En estos momentos no sería quizá prudente publicar lo restante. Los curiosos podrán consultar este libro latino, impreso bajo el título de *Prognosticatio eximii doctoris*

Teosophrasti Paracelsi, que debe hallarse en todas las bibliotecas públicas.

»Poseemos dos ejemplares, el uno manuscrito y el otro fotografiado de un ejemplar impreso en el siglo XVI.»

Es preciso que la profecía de Paracelso sea muy rara para que Elifas Levi y la poderosa cadena magnética que formó no hayan tenido bastante fuerza atractiva para hallar un ejemplar original, a pesar de la exaltada veneración que profesaban a Paracelso. Un librero de París, que tiene la especialidad de los libros relativos a ciencias ocultas, nos ha dicho que durante cincuenta y dos años de librero, sólo una vez había visto la profecía de Paracelso. La redacción de la *Cadena Magnética* ha sido, sin embargo, bastante afortunada para descubrir un hermoso ejemplar, bien conservado, con su antigua encuadernación de becerro.

(De la *Chaine Magnétique*.)

Accediendo gustosos al deseo de nuestros hermanos del círculo *La Verdad*, establecido en Toluca, insertamos a continuación y hacemos nuestra la siguiente

CARTA-INVITACION

A TODOS LOS ESPIRITISTAS DEL MUNDO.

República Mexicana.

Queridos Hermanos en creencias:

Desde que el conocimiento de los sanos principios del Espiritismo abrió nuestra alma a la luz de la verdad, nos hemos consagrado a sostener y propagar su doctrina, convencidos de que esa es la misión del verdadero espíritu. Pero débiles ante las serias dificultades de la empresa, pequeños ante el crecido número de adversarios que nos combaten, más de una vez hemos sentido flaquear nuestras fuerzas, vacilar nuestro ánimo, y no obstante, la fe y el entusiasmo de que nos sentimos poseídos, habríamos sucumbido ya, a no habernos acordado de que en toda la superficie del globo hay hermanos que, congregados en grupos más o menos numerosos, trabajan como nosotros por asegurar a la humanidad su destino futuro. Entonces hemos creído de nuestro deber dirigirnos a ellos solicitando su apoyo y cooperación en una obra de tanta magnitud.

Hasta ahora no han existido entre los diversos círculos espiritistas otras relaciones que el cambio cortés de publicaciones: ahora bien, nosotros pensamos que de la naturaleza misma de nuestros principios se desprende la necesidad de

mantener entre nosotros relaciones más íntimas y estrechas. Nuestros estudios, nuestras opiniones, la organización de nuestras sociedades, las manifestaciones que en ellas se obtienen, todo nos reclama una unión; siuda que, nuestros trabajos serán menos importantes, nuestros esfuerzos más débiles, al par que crecerán las dificultades haciendo menos rápido el progreso del Espiritismo. ¡Cuántas veces por falta de auxilios oportunos, de sabios consejos, de ejemplos dignos de imitarse, el error habrá usurpado su puesto a la verdad, y funestos desengaños, sorprendiendo la buena fe de adeptos sinceros, habrán venido a apagar su ardor y su creencia.

Evitar estos males (que bien pudieran proporcionar un triunfo aparente a nuestros adversarios de mala ley) es lo que nos proponemos, llamando a todos nuestros hermanos a una unión indisoluble cual corresponde a la solidaridad de la doctrina que profesamos.

Hemos abrigado siempre la profunda convicción de que, los círculos establecidos en todas las partes del mundo, no son, por decirlo así, mas que los eslabones de la cadena que une la tierra a la inmortalidad: si eso es así, si todos tendemos al mismo fin, si la misma luz nos alumbra, si el mismo deseo nos impelle; entonces ¿por qué vivir independientes, los unos de los otros? ¿Por qué no uniformar nuestros trabajos? ¿Por qué no formar un solo cuerpo sólido y compacto, fuerte por la unión, potente por lo desinteresado de sus miras e invencible por la verdad que proclama?

Confiamos en que, penetrados del espíritu que nos guía, todos nuestros hermanos responderán a nuestra invitación, tendiéndose mutuamente los brazos, con el mismo amor, con la misma buena voluntad, con que algún día nuestros espíritus se amarán en el espacio sin horizontes de la vida sin fin.

Y bien, ¿cómo debe verificarse esta unión? ¿Bajo qué bases deben establecerse nuestras relaciones? No nos atrevemos a indicarlo, prefiriendo abandonar el proyecto a la ilustración de los hermanos que, adoptando nuestra idea, nos contesten satisfactoriamente.

Rogamos, por tanto, a los señores directores de publicaciones espiritistas, se dignen insertar esta carta en sus columnas; y enviarnos además algunos ejemplares a los jefes de Congregaciones, para que se sirvan circularlos convenientemente, a fin de que podamos conocer la opinión, a este respecto, del mayor número de nuestros hermanos, pudiendo dirigir sus contestaciones en esta ciudad, a la Administración de *La Razón*, calle Constitución, núm. 2.

Os amamos de corazón, llamándonos hermanos vuestros.

«Amor hasta el más allá.»
Toluca, Febrero de 1880.—*Jesús C. Batz*, representante del Círculo.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO

de Costa y Mira.